1
233426
(1-4)

47/987378

La Novela de Bolsillo

SE VENDE UN ALMA

(PESADILLA DE UNA NOCHE DE VERANO)

POR

Emilio Ferraz Revenga

Dibujos de GALVÁN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

SE VENDE
UN ALMA

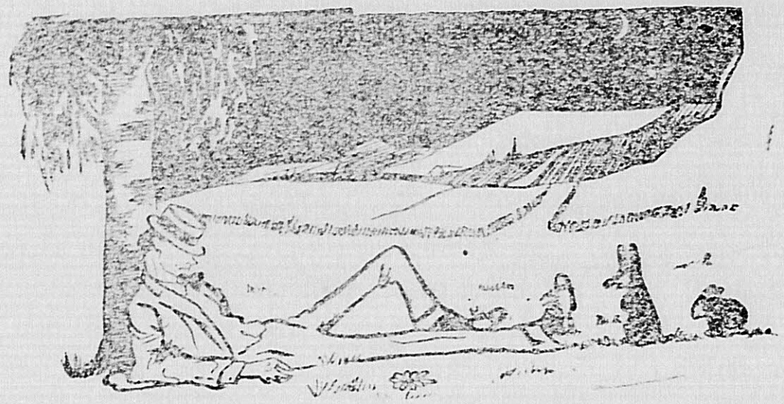
BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

I

ERAN muchos los bochornos que pesaban sobre mí: despedido de la casa de huéspedes, insultado por un mozo de café, abofeteado por una moza de rompe y rasga, puesto de patitas en la calle por aquel ilustre notario á quien yo pensaba honrar llamándole suegro, perseguido por el sastre y demás turba de inhumanos mercachifles .. tenía sobrados motivos para hallarme abochornado; pero lo que más me abochornaba, lo que ponía en mi rostro los tintes escarlata de la congestión, era aquella horrible temperatura de cuarenta y tantos grados centígrados

Por mucha sangre fría que tuviese—y siempre he disfrutado merecida fama de fresco—, no podía resistir el ambiente vicioso, viciado y sofocante de la gran ciudad, y buscando aires más puros, salíme de ella con ánimo de hacer

R. 3220683



del campo mi alcoba y de la madre tierra mi colchón.

¡Qué delicia! ¡Se respiraba!.. La cándida Luna, á pesar de su candidez, nos ponía los nacientes cuernos en la celeste bóveda. Como en tales casos todos tenemos algo de Tenorio más ó menos zorrillesco, exclamé instintivamente:

¡Hermosa noche, ay de mí!

Me arrimé á un árbol—no sé de qué familia, pero de buena familia, desde luego—y me senté sobre el césped, á quien llamaremos mullido por seguir la tradición.

Arrullado por un murmurador riachuelo—tampoco falta en los campos quien murmure—, me entregué á profundas y filosóficas meditaciones, y... no sé, no sé, pero sospecho que me quedé dormido.

Dormido ó despierto, lo cierto es que á poco

sentí sobre mi cabeza un enérgico zumbido y vi á un inmenso pajarraco, que, con las alas abiertas, describía anchos círculos y concluía por posarse delante de mí.

Viniéronseme entonces á la memoria las aventuras de Simbad el Marino, y pensé que iba á ser héroe por fuerza de otras andanzas semejantes.

Pero aquel ingente volátil no tenía mirada de águila ni garras de roc; aquel armatoste era sencillamente un modernísimo aeroplano.

Desmontó de un salto el piloto y se dirigió hacia mí. Con imperio me preguntó:

—¿Quién eres?

—Un cínico—le respondí con orgullo.

Y parafraseando una respuesta del inmortal Diógenes, mi padre putativo, añadí:

—Apártate que me tapas la Luna.

Dejó oir mi interlocutor una risilla cascada.

—¿Sabes quién soy?

—Por las apariencias un distinguido deportista.

—¡Un demonio!

—¿Eh?

—Las apariencias, hembras al fin, engañan. Te digo que soy un demonio.

Le examiné de pies á cabeza, y ni en ésta—

cubierta por una gorra de hule con anteojos—vislumbré indicios de pitones, ni en aquéllos distinguí hendeduras de pezuña.

El aviador misterioso, chiquitín de cuerpo y con carilla de vieja—según pude apreciar cuando se quitó las gafas—, regodeóse un rato con mi perplejidad, y después se expresó en estos términos:

—¿Qué te creías tú, hombrecillo petulante? ¿Pensabas que los modernos adelantos eran exclusivamente para vosotros?... El Progreso es un dios, y como dios ha bajado á los Infiernos. Pero no me admira tu ignorancia; cuando fuera de la Península ibérica hay tanta gente creída de que los españoles aun vestís como el célebre barbero de Sevilla, ¿qué tiene de particular que todo el mundo piense que todavía andamos los diablos con rabo, cuernos y tenedor y que olemos á azufre?



Aspiré con fuerza, y mi olfato percibió la caricia de un suave aroma.

—En efecto—manifesté—; si eres un diablo, no hueles mal, como tantas personas que no lo son. Sólo distingo el perfume de las violetas campestres...

—¡Je, jel... Lo que hueles no son violetas, sino esencia de violeta; gasto un frasco cada dos días...

Empecé á sospechar que aquel lechuguino me estaba tomando el pelo. Con la mayor seriedad prosiguió.

—Yo soy un diablo muy conocido en España, gracias á un satírico novelista que me popularizó. Soy el famoso Diablo Cojuelo *-le Diable Boiteux*, que dicen los franceses.

—Es verdad; antiguamente los grandes literatos de Francia nos traducían y plagiaban; ahora...

—¡Vueltas que da este tiempo que habitamos!

—Pero oye; no he advertido en ti la menor cojera.

—¡Ah, es que la ortopedia hace prodigios! Mira.

Para convencerme se dió unas carreritas y unos saltitos como un diestro modernista, que *se adorna* al banderillear.

—¿Ves? .. No cojeo, no *claudico* absolutamente nada. ¡Cuántos políticos debieran imitarme!... Desde el primer momento me apasioné por la aviación, y si me presentara en los concursos que organizáis, todas las copas serían para mí.

—¡Bah, las copas!... ¡Oros son triunfos!

Para protestar del chiste me dió con el dedo índice en el ombligo. Animado por esta confianza, le pregunté:

—¿Y tu aparato es seguro? ¿No has sufrido ningún accidente?

—Jamás. Llevo paracaídas .. Luzbel, el ángel caído, hubiera podido en estos tiempos caer



con toda comodidad y hasta con elegancia.

Dejándome llevar de mi frescura, le propuse:

—¿Quieres pasearme un rato por los aires? .. Así luego podré darme tono como d'Annunzio.

—No tengo inconveniente; pero ha de ser con su cuenta y razón.

—Tú dirás.

—Has de venderme tu alma.

—¿Cómo? ¿Todavía hay quien sale á caza de almas?

—Más que á cazar salgo á ver lo que se pesca... Y se pesca poco, porque la mayoría sois unos desalmados.

—¿De modo que quieres comprarme el alma? ¡Yo creí que ya no me quedaba nada por vender ni por empeñar!... ¿Y cuánto vas á darme por ella!... Te la dejaré en un precio arregladito, porque no me gusta andar regateando.

—Todo depende de las faltas que tengas en tu historia.

—En mi vida no he tenido más que una falta: la falta de dinero.

—Grave es en estos tiempos que corren.

—Que vuelan, querrás decir... Bueno; al grano, al grano... ¿Cuánto me ofreces por el soplo que me anima?

—Me comprometo á satisfacer durante un

año todos tus caprichos: tendrás riquezas, mujeres, un pase de libre circulación en los Carnavales, un billete kilométrico..., en fin, cuanto sueñe tu fantasía y apetezca tu antojo.

Me rasqué un momento la cabeza, porque me picaba, y de paso reflexioné:

—¡Qué demonio; un año de vida, es vida!... Y en tanto tiempo acaso se me ocurra algún ardid para estafar á este pobre diablo y dársela con Villalón.



Después de este rápido y profundo raciocinio, exclamé con energía:

—Acepto.

El endiablado aviador sacó una carterita de piel de Rusia, y de ella un contrato escrito á máquina.

—Firma.

—No llevo ni un cochino lápiz.

—Toma.

Y me alargó una magnífica p'uma estilográfica, con tinta ro-

ja, que tal vez fuese sangre de pecador. Firmé, y se me ocurrió preguntar:

—¿A qué hora empieza á contarse el plazo?

—Ahora mismo. Son las veintitrés y media—respondió, tras de haber consultado un elegante relojito de pulsera.

—No te privas de nada—observé.

—Porque se puede... Bueno, amigo mío; ya estoy á tus órdenes, pide por esa boca.

—Pues mira, ya que eres el Diablo Cojuelo...

—Ahora me llaman Loló. Es más bonito.

—Sí; más sodomítico también... Pues bien, Loló, deseo que, ante todo, me prestes un servicio como el que prestaste á Vélez de Guevara.

—¿Quieres contemplar á los hombres á vista de pájaro, no es eso? ¿Quieres ver sus pequeñeces y miserias desde cierta altura? Perfectamente; ahora subiremos en mi aeroplano, y con un anteojo que te daré lo verás todo como con rayos X.

Nos colocamos en el aparato, comenzó la hélice á voltear y nos elevamos suavemente... ¡Qué gusto! ¿No habéis volado nunca? ¡Oh, es una sensación deliciosa, indescriptible!... Tan indescriptible, que ni siquiera intento describirla. Volad, volad, y ya me diréis lo que es bueno.., si no os rompéis la cabeza.

II

Estábamos ya á una altura considerable, y á mí, que nunca he sido vanidoso, no me desvanecía la altura.

—¿Qué es lo que quieres ver?—me preguntó el intrépido demonio.

—Hombre desearía echar una rápida ojeada sobre la capital en que vine al mundo; ver cómo andan por dentro la Ciencia, la Religión, la Política, el Arte ..

—Bueno; toma este anteojo y mira adonde te plazca.

Cogí el aparato, lo arreglé á mi vista y lo dirigí al azar .. ¡Cielo santo, dónde fuí á poner los ojos!

En el comedor de una casa de éstas que llaman de... de muy distintas maneras; comedor



ramplonamente amueblado, con una mesa coja y unas mecedoras desvencijadas. Había allí cinco mujeres de diferentes edades, pero de idéntica condición: una dormía de bruces sobre la mesa, chupaba otra un cigarro, la más vieja jugaba á las cartas con un anciano que parecía senador y con un militar que parecía coronel, mientras las dos más jóvenes y agraciadas retozaban con un varón que, arrellanado en una mecedora, reía estrepitosamente repartiendo pellizcos y palmadas entre las triscadoras ninfas que pugnaban por sentarse sobre él.

El hombre valía la pena: buen mozo, fornido, moreno, de ojos vivos y dientes blancos, afeitado completamente, tenía el aspecto de un matador de cartel de los que el público mima y las hembras se disputan.

Sin duda, con permiso de aquellas damas y galanes, permanecía cubierto; una gorrilla de seda negra hacía aún más achulada su persona.



Trajeron vino, salchichón, aceitunas; despertó la durmiente, tiró la colilla la fumadora, suspendióse la partida de tresillo y se armó la gran juerga. A medida que bajaba el líquido en las botellas, subían de tono las risas, las voces y las bromas. Una de las muchachas, ebrias ya del todo, se acercó al que parecía torero, le arrancó la gorra y le aplicó tres sonoros besos en la parte posterior de la cabeza.

—¡Lo que hace el fanatismo! —pensé—. Esta chica debe ser aficionada á los toros, entusiasta de ese arrogante diestro, y, en un arranque de pasión, besa la coleta del ídolo.

Apartóse un poco la devota y no pude contener una interjección de las que no cita la Academia en su Gramática.

El ídolo no tenía coleta; en su lugar brillaba, como una plena luna, la más coquetona y bien rasurada coronilla.

III

Volví á otra parte la vista; en una alcoba vulgar y destartalada, sobre un anticuado lecho de madera, yacían un hombre y una mujer. El varón debía andar muy cerca de los cincuenta; de su grotesco gorro de dormir se escapaban unos mechones grises que se retorcían irónicamente á modo de cuernecillos; la nariz, amoratada y granulosa, más tenía de berenjena que de facción decorativa; la boca abierta de par en par dejaba ver unos dientes que no eran perlas, ni mucho menos, por su nitidez, y todo el rostro ofrecía esa estúpida expresión del sér humano que ronca en un estado intermedio entre la imbecilidad y la beatitud.

De pronto, vi que la compañera del amodorrado durmiente se incorporaba en el lecho, cerciorábase de la sinceridad de los inarmóni-

cos ronquid s que lanzaba su á látere, y saltando al suelo, salía en camisa y descalza de la habitación.

Era una mujer de unos treinta años, rolliza, guapetona y fresca como una flamenca de Rubens; pero tosca y ordinaria como una rústica criada de servicio.



—¿Se habrá puesto mala esa mujer?

Con su risilla habitual contestó Loló á mi pregunta:

—¿Mala?... ¡Ya está buena, ya!

—¿La conoces?

—Mejor que su marido.

—¿Quién es él?

—¿No lo sabes?

—Parece un idiota.

—Así parece; pero es un sabio, uno de esos que os gastáis ahora, no de aquellos pocos que en el mundo han sido.

—Calla; si creo recordar esa carátula.

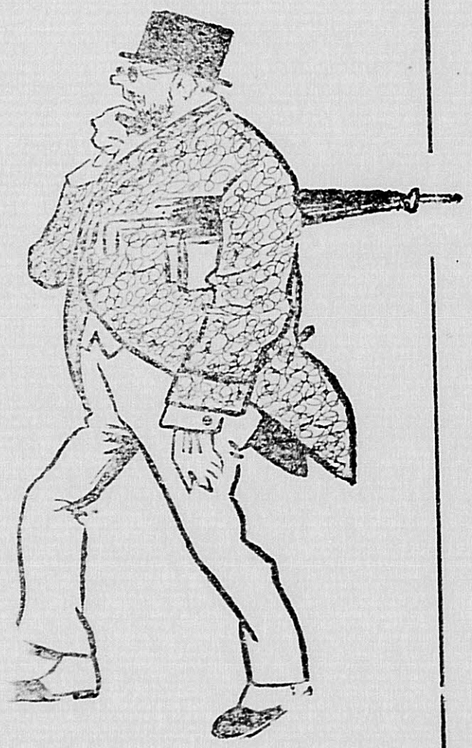
—¿Quién no conoce á don Salomón Alvarez Borrego? Una de las más sólidas reputaciones.

—Sí; le conozco de vista; va siempre por la calle con un sombrero cuadrado, con un *chaquet* prehistórico y un quitasol gris debajo del brazo.

—Y unas gafas azules encima de la nariz. Nació con ellas.

—Te confieso mi ignorancia; pero no tengo ni la más remota idea de las obras de don Salomón.

—¿Obras?.. ¡Je, je!.. El profundo sociólogo, el ilustre pensador el gran polígrafo (porque Alvarez Borrego es polígrafo) no ha publicado ninguna obra original... Pero no importa, ha traducido ya más de cuarenta libros: traduce del inglés, del alemán, del ruso, del noruego, y lo hace con tal habilidad, que siempre parece que traduce del francés, según el regocijante puñado de galicismos con que sazona sus traducciones.



Eso sí; á todas pone un extenso y documentado prólogo que se salta todo el mundo, y á cada párrafo le añade cuatro ó cinco notas (N. del T.), con lo cual las materias de que se trata (que nunca son muy amenas), vienen á quedar más indigestas y apelmazadas que una docena de huevos duros. También suele publicar en los diarios artículos con más columnas que el Partenón, artículos que, como comprenderás, nadie lee.

—Entonces, ¿á qué debe ese hombre la reputación notable de que disfruta?

—Pues á eso: á que nadie le lee... y, además, á su nariz, á sus gafas, á su sombrero cuadrado, á su *chaquet* y á su quitasol...

—¿Y la mujer que ha saltado de su lecho?

—Antes fué su cocinera, y ahora es su legítima consorte; antes le ponía los garbanzos, y ahora le pone los..

—Comprendido.

—¿Quieres verla?... Está con un joven discípulo que don Salomón tiene en casa á modo de secretario.

—Gracias por la visión que me propones. Preferiría ver á Rafael Guadalclara, el inspirado poeta descendiente de los Califas; ¡qué bien se ha compenetrado con el espíritu árabe! En

sus estrofas se aspira el perfume de los pensiles de Damasco, se oye el suspiro de la guzla mora, resuena el rugir de los leones del desierto, parece que...

—No sigas, vas á llevarte una decepción. Todo el orientalismo que tú respiras en los versos de Guadalclara, él lo bebe en los sucios vasos del Cafetín Oriental.. Mírale..

IV

En efecto, allí estaba, en un rincón del hediondo cafetucho, tendido en un despanzurrado diván, con una botella de aguardiente y un *recado de escribir* sobre el mármol negro—negro por lo sucio—de un velador tambaleante.

Yo conocía á Guadalclara por fotografías, en las que resultaba casi guapo, porque, sin duda, se afeitaba únicamente para ir á retratarse. Pero bien mirado era feo, desaliñado, legañoso.

—Ahí le tienes—me dijo el volador diablejo—. El se pinta en sus poemas como un sultán magnífico y arrogante, y ya ves que no tiene nada ni de lo uno ni de lo otro; nos habla de sus hermosas mujeres agarenas, y no conoce más moras que las de jardín, ni más huríes que las camareras de café; dice que fuma en riquí-



simo narguile, y se tiene que contentar con el ínfimo tabaco que le dan los que á veces le rodean y le proclaman genio; nos describe sus baños perfumados con las más suaves esencias de Arabia, y...

—La verdad es que no le sentaría mal un baño árabe.

—Ni un baño de cultura.

—Pero si ahora le vemos en ese abandono, debe ser porque tiene el corazón desgarrado.

—Lo que tiene desgarrados son los bolsillos.

—Ese hombre ha debido sufrir mucho por culpa de una mujer. En su colección de sonetos titulada «Lágrimas y rugidos», se lamenta de los rigores y crueldades de «una hiena con rostro de querube», y tiene frases que á mí me hicieron llorar.

—¿No sabes quién es esa hiena tan chusca?

—No.

—La patrona de una casa de huéspedes con

la que tuvo relaciones durante tres años, hasta que ella se cansó de matenerle y le echó con cajas destempladas.

—Pues yo hubiese jurado que su dolor era sincero.

—Y lo era... ¿te parece poco tener asegurada una buena comida y un duro siempre en el chaleco? Algo más gordo y lucido estaba entonces.

—Por eso exclama con tanta desesperación: «Cuando perdí tu amor, lo perdí todo.»

—Todo: porque perdió hasta las papeletas de las alhajas que le había empeñado á la infeliz *hiena con rostro de querube*.

—Realmente, siempre ha sido achaque de poetas el andar tronados.

—Pero nunca fueron tan pobres como ahora: pobres de inspiración, pobres de ideas, pobres de sentimiento ..

—En cambio, son riquísimos de rimas: á los vocablos más estrambóticos les encuentran consonantes...

V

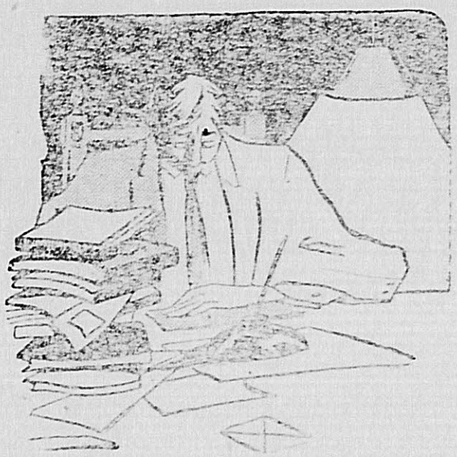
Apartéla vista del Cafetín Oriental y la detuve en un lujoso despacho, en cuyas paredes se apoyaban elegantes estanterías llenas de libros primorosamente encuadernados. A la luz de un enchufe eléctrico, sobre una mesa atestada de papeles, escribía un joven pálido, con ojos de sueño.

—¡Qué trabajador es ese adolescente! Mientras otros de su edad se divierten por ahí haciendo el burro, él está, sin duda, ampliando las lecciones para mañana.

—Te equivocas—. ¿No has leído que el marqués de Pinoverde va á dar una conferencia en el Liceo?

—Sí. . pero no creía que fuera tan joven.

—Tonto: ese no es el marqués; su excelencia está á estas horas durmiendo como un lirón.



— Entonces, ¿quién es ése?

— Un pobre chico, que por veinte duros mensuales se descrisma y quema las cejas escribiendo los artículos y los estudios arqueológicos que firma el señor, «el ilustre prócer, que á la aristocracia de la sangre une la del talento», según le dicen sus aduladores.

—¿De modo que toda esa sabiduría tan cacareada?

—Ya lo oyes; veinte duros al mes..

—¡Qué cosas pasan en el mundo, querido Loló!... No puede uno menos de sentirse socialista.

—Pero que no sea tu socialismo como el de Juan Pérez, una de las más prestigiosas figuras del partido.

—¿Por qué?

—Porque Juan Pérez, con su venerable aspecto apostólico, no tiene de apóstol mas que sus antiguas mañas de pescador y durante el

tiempo que fué concejal pescó tanto, y con tan buena suerte, que ya se ha hecho un hotelito.

—¡Bah, calumnias! Es un hombre íntegro, sencillo y llano. Yo le he visto muchas veces apearse del tren, y siempre viaja en tercera.

—Va en tercera desde la penúltima estación hasta la de llegada, cuando sabe que salen á esperarle sus correligionarios; el resto del viaje lo hace en primera.

—Pues mira, la idea no es mala.

—De primera.

VI

Detuve luego mi atención en un caballero de noble continente, que barajaba y manoseaba billetes de banco y monedas argentinas.

En voz alta pensé.

—Debe ser un avaro que se deleita acariciando su tesoro; pero la verdad es que no tiene el aspecto sórdido y miserable que hemos atribuído siempre á la avaricia.

A esta mi figuración respondió el diablo:

—Ese que ves, de rostro tan severo, es un gran orador, un gran político. Mira si será elocuente que, hablando, hablando, se ha hecho dueño de la fortuna de muchos pleiteantes que acudieron á buscar la brillante defensa de su pico de oro.

—Y no sería mal pico el que se embolsara.

—Sin embargo, no creas que es un avaro torpe y garrudo; es un ambicioso un despreocupado. Si le ves manejando y contando ese dinero, es porque..

—¿Por qué?

—Porque estamos en vísperas de elecciones.

—¡Oh, la pureza del sufragio!

Me sentí filósofo, y exclamé:

—La política es la más pestilente de las charcas sociales.

—Si quieres te descubriré todas sus miserias.

—Tapa, tapa; tengo un olfato muy delicado y me hacen sufrir los malos olores.

—Por algo se llama *hombres públicos* á los que se consagran al culto de la Política, esa diosa embustera y prostituta.

—Sí; pero yo encuentro una gran diferencia entre las mujeres y los hombres públicos; aquéllas siempre dan lástima, con frecuencia dan asco y á veces un poco de placer; los *hombres públicos* no dan nunca más que asco.

—¡Bravísimo!.. Has hecho una frase digna de un expresidente del Consejo.

—Es el peor elogio que podías dedicarme.

VII

Para cambiar de panorama y distraerme, imaginé:

—Voy á ver ahora lo que pasa por los teatros.

Y dirigí una visual al escenario de la Opera. Como es natural, la música—por wagneriana que fuese—no podía llegar á mis oídos; solté la carcajada al ver los ridículos ademanes de los artistas; la tiple debía estar loca, porque iba en camisa y con el pelo suelto, señales infalibles de locura; el tenor era demasiado guapo para hombre; el barítono, demasiado viejo, y el bajo, demasiado gordo; parecían tomar muy en serio sus papeles, sin sospechar, los pobres, lo risibles que resultaban.

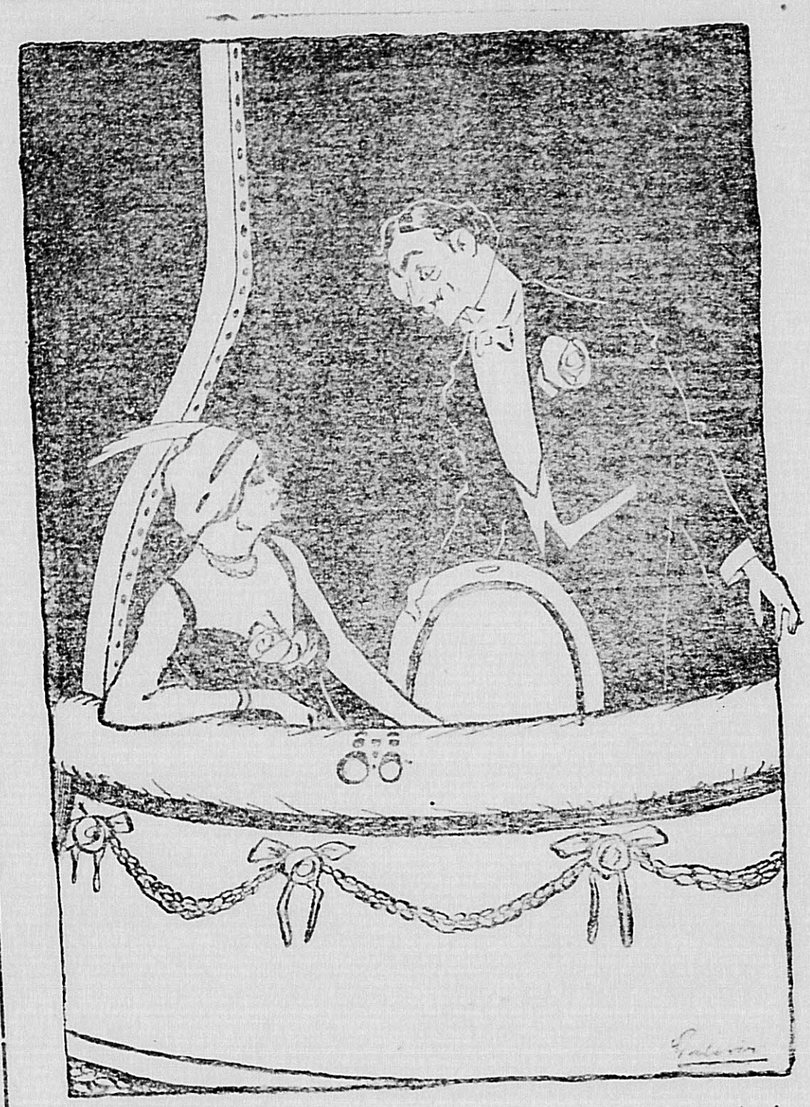
Volví el anteojo hacia el público, y por un momento creí que me hallaba en un archivo: tal era el número de pergaminos empolvados

que se ofrecieron á mi desconsideración, pergaminos que lucían osadamente nuestras más rancias y descotadas aristócratas. Claro está que no todo eran pell-jos; había escotes mórbidos y sugestivos, y más de cuatro galanes se



inclinaban sobre las damas con achaque de murmurarles una galantería al oído; pero con la intención pícara de explorar las profandidades del airea lo pecho.

Muchos espectadores charlaban animadamente, sin hacer caso de lo que ocurría en las tablas; algunos tenían los ojos cerrados (no sé si para dormir ó para saborear la música), y



otros abrían la boca á impulsos de un irresistible bostezo.

Eché una ojeada indiscreta á los amplios an-

tepalcos, amparados por gruesas cortinas rojas, y, de hallarme todavía en la edad de la inocencia, el rubor hubiese coloreado mi semblante. ¡Qué parejitas tan amarteladas!... Y no es que yo lo censure, nada de eso; en este punto soy de una indulgencia sublime; todo lo disculpo..., para que me disculpen á mí si llega el caso.

De la Opera me trasladé al vetusto y destartalado teatro Nacional, donde representaban (muy mal por cierto) una refundición (bastante mala) de una comedia clásica (harto mediocre en verdad). No puedo deciros si era de Lope, de Tirso, de Calderón, de Moreto ó de Rojas; sólo os diré que figuraban en ella dos damas, dos galanes, una criada y un gracioso, y que por la mayor tontería del mundo se armaban todos una confusión y tenían celos unos de otros, hasta que, al final, se ponían las cosas en claro y se casaba hasta el apuntador. Con estas señas fácil os será averiguar á qué obra me refiero; yo soy tan torpe, que las comedias clásicas, descartando una media docena, todas me parecen iguales.

Quise ver el efecto que la representación producía en los espectadores; volví el anteojo y..., creí que equivocadamente había dirigido

la vista á las llanuras del Sahara. ¡Qué espantosa soledad!

Imitando al famoso Vicente me fuí *adonde va la gente*, y llegué á un templo del género chico, á tiempo de presenciar la última parte del estreno de una revista. Titulábase ésta «El reino de la locura», y constaba de un prólogo, once cuadros, epílogo y apoteosis; era una revista fantástica, de gran espectáculo, lo que bondadosamente hemos convenido en llamar «un pretexto para que se luzcan el pintor, el músico, el sastre, el electricista, las chicas guapas, etc., etc.». Todo era nuevo: el decorado, los trajes, las mujeres...; todo era nuevo, menos la revista, que era la misma de siempre.

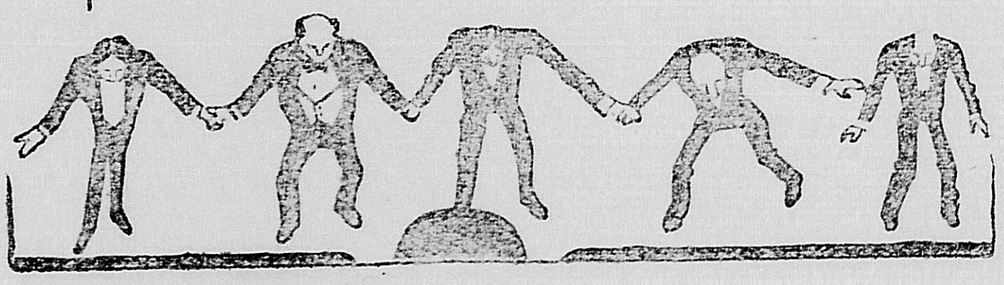
El público, aquella noche, estaba de malas; sólo hubo aplausos sinceros para la chillona paleta del escenógrafo, quien tuvo que salir á saludar al principio del prólogo, de los once cuadros, del epílogo y de la apoteosis. El selecto y numeroso auditorio pateaba, tosía, bastoneaba, hacía chistes; un chusco relinchó oportunamente y le ovacionaron. ¡Lo que es la oportunidad!

Terminó el estreno en medio de un verdadero escándalo; no obstante, en lo alto estallaron feroces palmadas, se levantó el telón y

aparecieron cogiditos de las manos y sonrientes los autores, el pintor, el sastre, etc., etc... Arreció el chaparrón de protestas é insultos; pero ellos, con la más amable de las sonrisas, daban las gracias.

—Es que son sordos—me susurró mi acompañante.

—Ya sospechaba yo que los autores tenían algo de tapias; pero creí que el músico no tenía nada de Beethoven...



VIII

Me escocían los ojos y le dije á Loló:

—Toma, toma este catalejo. Para lo que hay que ver en el mundo no vale la pena de molestarse.

—Pero si aun no has visto lo mejor.

—Ni lo peor, ya lo sé; por eso no quiero ver más. Yo soy voluble y me canso en seguida...; te confieso que ya estoy cansado de permanecer tanto rato por los aires; no sirvo para cometa.

—Ni para novillero. Hágase tu voluntad y tu gusto; descenderemos nuevamente á la tierra.

—No, no; á la tierra, no; quisiera ir un poquito más abajo.

—¿Más abajo?

—Sí; al Infierno.

—Ya irás.

—Es que me gustaría verlo ahora que todavía soy un vivo; así no me pillará luego de sorpresa.

—¡Ah, vamos! Quieres imitar al Dante.

—No te asustes, no pienso escribir ninguna humana ni divina comedia. Quiero bajar al Infierno en calidad de *simple* turista.

—Flaco de turistas es ese de la simplicidad.

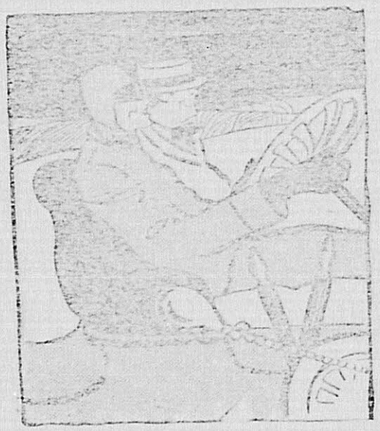
—¿Te pido un imposible?

—Para un demonio no hay nada que lo sea.

—¡Fanfarrón!

El infernal piloto hizo las maniobras necesarias para aterrizar y comenzamos á descender (como diría un revistero deportivo) «en un magnífico vuelo planeado». (Mejor *plancado* que muchos dramas.)

Apenas tocamos el suelo, el aeroplano transformóse por arte mágico en un soberbio automóvil.



—Vamos á emprender una marcha de mil kilómetros por hora; sin embargo, no atropellaremos á nadie, ni á un triste cerdo.

—¿Llevas bocina de

esas que mugen ó de las que tocan la Rumba?

—Me basta con resoplar por las narices.

Me acomodé en el confortable auto, empuñó Loló el volante y nos precipitamos en una carrera mucho más rápida que la de un yerno de primer ministro.

Yo me sentía algo emocionado por el temor á estrellarme y por la perspectiva de mi visita sobrenatural y subterránea.

—¿Encontraré allí gente conocida?... Me alegraría, porque siempre es bueno tener amigos en todas partes.

—Ya falta poco—me advirtió el satánico *chauffeur*.

—Oye, ¿podremos entrar en el Infierno á esta velocidad? ¿Hay allí buenos caminos?

—Ya sabes que el Infierno está empedrado de buenas intenciones.

IX

Nos apeamos del auto, que un diablillo se encargó de conducir al *garage*, y nos llegamos á pie hasta la entrada del Averno.

La fachada, de barroco estilo catalán, parecióme bastante endemoniada en efecto; pero por más que me puse de puntillas no logré distinguir el celebérrimo cartelito de «Lasciate ogni speranza...» Unicamente vi una placa que decía: «Hay ascensor».

—¿No hay peligro de que me muerda el cancerbero?—pregunté á Loló.

—Le hemos puesto bozal.

—Bozales, querrás decir.

—No; una de sus tres cabezas la perdió por una perra chica, y la otra la perdió en una apuesta. Mírale.

Nos colocamos entre dos hojas consecutivas

de una puerta giratoria de esas que ahora se usan y que tan prácticas son en caso de incendio, y dando un cuarto de vuelta nos hallamos en la antesala de la infernal mansión.

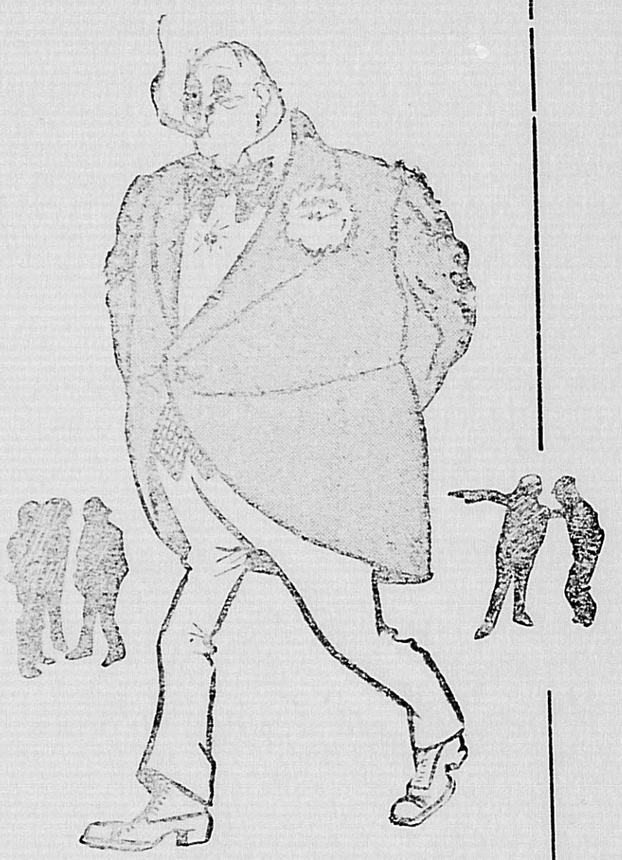


Un portero, con patillas y librea verde, nos saludó con una reverencia abrumadora.

Entramos en un cómodo ascensor y *descendimos* al piso primero.

Todo el edificio, me apresuro á consignarlo, reúne inmejorables condiciones de higiene y distribución; se ve á la legua que no es obra de un arquitecto municipal. La iluminación, á cargo de una cinta luminosa, que serpentea por los techos, es muy superior á la de los renombrados evacuatorios matritenses.

—Te voy á enseñar antes que nada á los que sufren condena por haber incurrido en alguno de los siete pecados capitales.



—¡Oh, los siete pecados capitales!... ¡Una de las muletillas de nuestros insignes vates contemporáneos!...

— A lo largo de este corredor, por orden alfabético, están las siete secciones. Esta primera es la que corresponde á la Avaricia.

Abrió una puertecilla, y penetramos en un vasto departamento. Al oirnos, muchos condenados corrieron á ocultar sus roñosas monedas debajo de las baldosas.

Entre la turba de sórdidos harpagones conocí una infinidad de prestamistas, de editores, libreros y empresarios.

Uno de éstos, viejecito, de blancos cabellos

y uñas negras, se me acercó para decirme muy amable:

—¿Es usted un autor novel?... Perfectamente; me gusta proteger á la juventud... tráigame una obrita que no tenga gastos, que se pueda poner con una decoración vieja... y haré lo posible por representarla... pero como á usted lo que debe seducirle es la gloria, ¿verdad, joven?, yo cobraré la mitad de los derechos.

Un condenado, con nariz de cachiporra y dedos de gavilán, que en vida se labró una fortuna editando novelas pornográficas, se avecinó entonces:

—¡Ah!... ¿Conque este muchacho escribe?... Muy bien... Haga usted una novelita muy picante, muy escandalosa.. Al público sólo le gusta lo verde. Por supuesto, yo no puedo editarla... los tiempos están malos.. Editela usted por su cuenta y yo le prometo ayudarle: le pagaré á diez céntimos el ejemplar...

Di las gracias á mis generosos y espontáneos protectores, y dije á Loló:

—Vamos de aquí; me repugna el interés que me demuestran esta gente.

—Un interés del cincuenta por ciento.

X

Pasamos á la sección de los envidiosos; allí todos se miraban unos á otros con rabia mal encubierta; pero había unos cuantos grupos muy animados.

—Como comprenderás, la mayor parte son literatos y cómicos.

Nos aproximamos á un grupo y oímos las siguientes frases:

—Dicen que la última novela de Pérez es la mejor de las suyas.

—Si fuera la última de verdad, eso tendría de buena.

—Creo que es autobiográfica.

—Entonces será una especie de *Diego Corrientes*.

—A Martínez le han pateado una comedia.

—Lo extraño es que le aplaudieran las anteriores.

—Es un batata.

—Me consta que se las escribía su mujer; la prueba es que desde que se han separado no ha tenido un acierto.

—¿Y por qué se separaron?

—Creo que ella le sorprendió con una amiga.

—No; fué con un amigo.

—No sabe qué hacer para que le llamen genio.

—Pues eso no basta.

No cabía duda; eran literatos. Nos dirigimos al otro grupo; una mujer, marchita y pintarrajeada, vociferaba así:

—Claro; ¿no ha de tener los mejores papeles? ¿No ha de ser primera actriz, si se enreda con el empresario y con los autores?

—Desengáñate, chica; para los que somos artistas de verdad, no hay papeles malos.

—Yo estrené un drama de Echegaray, en el que me repartieron un personaje sin importancia; pues bien: llegó la primera noche y yo fuí el protagonista: me comí á Calvo y á Vico.

—Tendrías hambre, como de costumbre.

—Lo que os aseguro es que ahora no hay actores. El público se entusiasma con Ramiro, y exclama: «¡Qué bien se muere ese hombre!» Y Ramiro no sabe morirse.

—Como que parece que baila un garrotín ó que lo duelen las tripas.

—Pero como está bien con la Prensa...

—¡Ahí le duele!

—Y para no malograrse, no trabaja nunca más de cuatro noches seguidas... ¡Yo que me hice en quince días cuarenta *Tenorios!*

—Así saldrían ellos.

Eran cómicos, indudablemente.

Le pregunté á Loló:

—¿Qué tormento les dais á estos condenados?

—Pues el más cruel suplicio á que podemos someterles es entonar elogios entusiastas de alguno que se consagre á la misma profesión.

XI

Salimos de allí, y abriendo la puerta del departamento contiguo, me explicó mi simpático guía:

—Aquí están las víctimas de la Gula, los hambrones y tragaldabas, los que sólo han vivido para comer. Fíjate, fíjate, cuánto fraile... Aquí están esos individuos que en los banquetes dan un triste espectáculo llenándose de emparedados los bolsillos y pegándose por coger un dulce... Aquél que ves allí con cara de bruto es el célebre aragonés que se comió un carnero á fuerza de pan. Estos sufren el tormento de Tántalo, y por más saltos que den no pueden alcanzar los jamones, perdices y pavos trufados que cuelgan del techo.

Nos fuimos en seguida de allí, porque se nos abría la boca al ver cómo se abría la de aquellos infelices.

Al acercarnos á la habitación próxima oímos una algarabía horrible de voces irritadas y amenazadoras.

—¿Qué demonios pasa ahí?

—Ese es el cuarto de los coléricos.

—¡No abras entonces!... Pasemos de largo...

—No temas; no son coléricos en la acepción patológica de la palabra; son iracundos.

—No importa. También la ira destemplada es una peste. Me han molestado siempre esas personas que, por cualquier simpleza, se descomponen, se enrojecen y vociferan como energúmenos. Pondría un bozal á todos esos de quienes se dice que tienen *mal genio*, *mal carácter*... y les hacía un favor, porque la fuerza se les va por la boca... Bien está la ira cuando es noble y bien educada; cuando es plebeya y grita como una verdulera, es de muy mal gusto.



—No entremos, pues,

porque las verduleras y los panaderos, gremio muy irascible, están ahí dentro en mayoría. Ven á la sección de la Lujuria.

—Oye, ¿esa será sección especial, á precios dobles, como en los teatruchos del género ínfimo?

—Para que no te excites demasiado, sólo te permitiré mirar por el ojo de la cerradura.

Con curiosidad un poco insana me avalancé á la puerta y miré ansiosamente por el mencionado ojo.

¡Válgame Petronio y Felipe Trigo! ¡qué cosas vi!... No resisto á la tentación de describirlas... me quedé sin saber lo que me pasaba, hasta el punto de que Loló tuvo que darme un tremendo pellizco para volverme á la realidad.

Preparaos, que os lo voy á contar todo:

No... no os quiero contar nada; resisto por fin la tentación, por miedo á que estas páginas puedan caer en manos inocentes... Comprendo que en los tiempos actuales resulta pueril este temor; pero...

XII

Llegamos á la estancia de los perezosos; un nutrido coro de bostezos nos saludó. Reconocí entre los huéspedes de aquel cuarto á una infinidad de músicos y poetas.

—¿No es el maestro Mandanga ese que se estira con tanto esfuerzo?

—El mismo. Cinco años tardó en componer la partitura de una zarzuelita; y después de obligar á los autores á que le hicieran veinte veces los cantables, no los aprovechó.

—¿No estaba escribiendo una ópera en tres actos?

—Eso dice desde principios del siglo pasado.

—Creo que la tenía casi terminada.

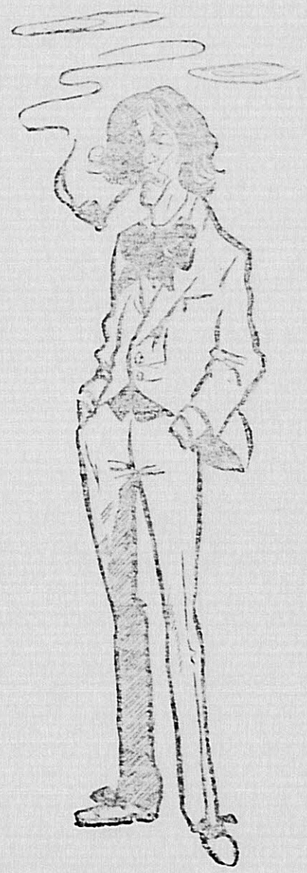
—Casi, casi; ya tiene en borrador la mitad

del preludio del primer acto y un bailable del tercero.

—Y es lástima, porque cuando *acierta*...

—Sí; pero acierta menos que una gitana.

Con paso lento se nos acercó un joven melenudo que, por sus cabellos largos, su chalina flotante y su pipa audaz, debía ser artista.



—¿Eres un hijo de Apolo?—le pregunté.

Al cabo de un rato me repuso:

—Soy hijo de una ninfa silvestre y de un macho cabrío.

—Recuerdos á tu buen padre.

—En la floresta me crié con Pan.

—Entonces no les faltará miga á tus composiciones.

El hijo de ninfa me miró con el más selvático de los desprecios, y tras de una pausa, interrogó:

—¿Estamos ya en el mes de diciembre?

—No; ese diciembre pasó hace rato; estamos en junio.

—Lo preguntaba porque me habían pedido cuatro sonetos alusivos á las cuatro estaciones, para el almanaque de *La Gran Ilustración*.

—¿Los has hecho ya?

—Aun estoy limando el primer cuarteto de «La Primavera».

—¡Si te limaras tanto las uñas!

—¡Oh, es una primorosa labor de orfebrería!... Cada verso queda pulimentado como una gema.

—¡Ah, ya soltaste la tan acreditada palabrita!... Tú eres de los buenos... sigue, sigue... pule despacio tus alejandrinos... porque serán alejandrinos, ¿verdad?

—Naturalmente; no se hacer otra cosa. . ¡resultan tan cómodos!

—¡Adiós, joven!; continúa *trabajando* sin prisas; en el almanaque de este año ya no han de salir los sonetos...

El frondoso poeta se tumbó á la bartola y cerró los ojos para soñar tal vez; acaso para dormir.

—Salgamos pronto, no vayas á emperezarte tú también—me advirtió Loló.

—No temas. Pero, ¿cómo dejáis tan tranquilos á estos condenados?

—Les dejamos que se engolfen en la pereza, y cuando más engolfados están les aplicamos sinapismos y les introducimos guindillas en...

—Ya me figuro en dónde.

—¡Hay que ver la actividad que entonces despliegan!... Bueno; vamos ahora con el último pecado capital; vamos á la cámara de la Soberbia.

—Presentará un soberbio golpe de vista.

—Regular.

***

Entramos á visitar los seres ensoberbecidos y vanidosos; aquello parecía más bien un corral de pavos.

Llamó mi atención, en primer término, un caballero ya entrado en años, pero de aspecto nobilísimo y majestuoso, con toda la gallardía y la presunción de la juventud; la blancura de sus cabellos y de su acicalada barba resultaba en él una coquetería más.

—¿Quién eres?—le pregunté, y con altanería respondióme:

—Yo soy quien soy.

—No me digas más.

Loló vino á sacarme de dudas:

—Este fué un político famoso por su terquedad, su orgullo, su oratoria ampulosa y sus frases floridas. Pero á él y la mayor parte de sus frases célebres les ocurría como al busto aquél que olfateó y definió la zorra de la fabula.

—Las zorras siempre han tenido mucho instinto... Aunque no falta á veces un chulo que las engañe.

No pude contener la risa al fijarme en un figurón grotesco que se paseaba con la mayor gravedad del mundo.

Era el tal un ente corpulento, que á duras penas sujetaba con un corsé invisible y con un chaleco fantástico la rotundidad de su barriga; un enorme cuello de pajarita era insuficiente para contener la manteca de su morrillo y de su papada. Un *chaquet* espléndido, una corbata llamativa, un enorme puro en la boca y un clavel reventón en el ojal, completaban el exuberante, soberbio y risible conjunto de aquel mamarracho.

—¿De qué presume ese fantasmón?

—Presume de guapo. Y en guasa le llaman sus alumnos «La niña bonita».

—¿Sus alumnos?

—Sí; es catedrático.

—¿Por oposición?

—Por concurso... de bellezas.

—¿Y qué enseña ese hombre en clase?

—Los dientes, que le han costado una fortuna.

Picó mi curiosidad el ver una legión de hermosas mujeres que pasaban muy erguidas, todas con el brazo derecho extendido.

—¿Quiénes son ésas?

—Son mujeres fatuas, envanecidas por su hermosura, insoportables y tercas que no han querido dar su brazo á torcer.

—Dime, ¿y aquel calvo con aspecto de gañán que se da aires de rey?

—Es un califa.

—¡Cómo!... ¿Es alguno de los Abderramanes?

—No; es un torero, un verdadero sacerdote de la tauromaquia. Cuando quedaba mal, lo que ocurría harto frecuentemente, escuchaba con olímpico desprecio los silbidos del público. Se le consideró por mucho tiempo como á un oráculo, y sus frases se hicieron tan famosas como las del político de marras. Para él todos los toreros de ambos mundos son unos maletas. Se ha hecho muy amigo de Luis XV, y los dos repiten á coro: «Después de mí, el diluvio.»

—Me gustaría conocer su opinión acerca del «fenómeno».

—Interrógale si quieres.

Con cierta timidez pregunté al astro coletudo:

—Dígame, maestro; ¿qué afirma usted acerca del «fenómeno?»

Me miró de arriba abajo; escupió por el colmillo, y me hizo la merced de esta respuesta:

—En la feria de mi pueblo los he visto mejores y más baratos.

—¿Y el *Gallo*?

—*Pa* con arroz.

—¿Qué torero le gusta á usted más?

—*Denguno*.

—¿Y menos?

—*Toos*.

Nos miramos Loló y yo, asombrados de la guapeza de aquel genio, y no pudo contener esta exclamación:

—¡Cuántos más brutos llegan á ministros! ¿Verdad que hay más de ocho que no me dejarán mentir?

***

Ya terminamos con los siete Pecados capitales—me dijo el amable diablejo.—¿Qué quieres ver ahora?

—Mira; tú que conoces el Infierno mejor que yo, llévame por donde te parezca.

—Daremos una vueltecita al azar, porque ni en un año es posible enseñártelo todo.

—Lo que sí quisiera ver son las calderas de Pedro Botero.

—Ya no existen; se las vendimos á unos húngaros. Ahora, para guisar y atormentar, usamos corrientes eléctricas. Es mucho más limpio y más moderno.

—Chico; estáis aquí más adelantados que en mi tierra; allí es soberana absoluta su majestad la Rutina.

En esto vimos venir á un señor grueso, de aspecto campechano, con una gran levita y una descomunal chistera.

—¡Calle! ¿No es Goya?

—¡Con qué familiaridad le tratas! Se dice «Don Francisco de Goya y Lucientes». Así le nombran los cronistas castizos, para demostrarnos que saben su apellido materno; fijate bien, «y Lucientes».

—No se me olvidará. Voy á saludarle... ¿Cómo le va, señor Paco?

—¿Eh?—gruñó Don Francisco de Goya y Lucientes—. Y Lucientes, que conste.

—Está un poco sordo.

—Es verdad—esforcé la voz cuanto pude.

—¿Cómo usted por aquí, señor Paco?

—¡Pech!... por un *capricho*.

—¡Siempre tan caprichoso! .. ¡Si viera usted cuánto le echan de menos los chisperos de allá arriba!

Don Francisco el de los toros—también viste



mucho llamarle así—se atufó un tanto, y exclamó encarándose conmigo:

—Pues maldita la falta que me hace que se acuerden de mí. ¡Ya estoy harto de que no traigan y me lleven!... ¡Que me dejen en paz!... ¡Cuidado que son apestosos todos esos chisperos de pega, que no hacen más que presumir de

majos, de madrileños castizos, y, á lo mejor, han nacido en Navalmoral de la Mata!

—No se irrite, don Paco; ya sabe que se le quiere y se le admira y hasta ha habido una tonadillera entusiasta, que...

—Bueno, bueno; no hablemos de eso...

Y don Francisco de Goya y Lucientes nos volvió malhumorado la espalda.

—¿Dónde están los sastres? — pregunté á Loló.

—¿Los sastres? ¿Quieres hacerte ropa?

—No, hombre; es que, según Quevedo, el Infierno se halla atestado de sastres.

—No lo creas: la mayor parte están pasando las penas del Purgatorio, porque no consiguieron que les pagasen sus clientes. De lo que hay una verdadera plaga es de fabricantes de chocolate; se entienden muy bien con los adúlteros.

—Todo es adulterar.

—Mira; ya que estamos cerca, voy á enseñarte, el departamento de los periodistas. El Mentidero, como aquí se le llama.

Era una sala inmensa; entramos. Los apiñados huéspedes se entretenían discutiendo de asuntos diversos y diciéndose chistes y colmos.

Mi cicerone me los fué señalando.

—Los que tienen el rostro más avinagrado y las voces más destempladas son los directores. Ese que parece un sauce por lo fúnebre, escribió durante quince años revistas cómicas en verso, y aquél, alegre como unas castañuelas, *hacía crímenes...*

—¿Y ese que parece un tenor barato en *La Bohemia?*

—Es «El Indiscreto audaz», el rey de la entrevista; todo lo huele, por todas partes se mete, habla con todo el mundo, sube á los palacios, escala los claustros, desciende á las alcantarillas, lo averigua todo, todo lo sabe.. y lo que no sabe se lo inventa. Es un espadachín formidable; se ha batido cincuenta veces: dos á pistola, una á sable y las demás. . en retirada.

—¿Y aquel enanete con mohines de ardilla?

—Es un crítico ilustre, crítico taurino y literario al mismo tiempo, grandísimo humorista; sus críticas literarias parecen revistas de toros... y viceversa. Aquel otro es más grave y más erudito; sólo se ocupa de los estrenos importantes, y sus artículos, latos y concienzudos, parecen casas de citas. El de más allá es un crítico, tan bondadoso é indulgente que cuando alguna obra es rechazada con furia por el pú-

blico, dice «que con algún ligero tropiezo llegó á puerto de salvación».

—¿Y ese gordo que tiene los carrillos como si tocara la trompeta?

—Es un bomba de aire inflando telegramas.

—¿Y aquél tan elegante y tan...?

—Es un cronista de salones.

—¡Ya decía yo!... Supongo que no faltarán tijeras en esta redacción infernal...

—Se las han llevado todas los ateneístas; tienen siempre mucho que cortar.

***

Dejamos á los simpáticos chicos de la Prensa, y al salir nos encontramos con una señora algo ajamonada; pero de buen ver todavía.

—Es Azucena, la poetisa eximia; la mujer más filantrópica del mundo. Durante una de las últimas campañas se personó en el teatro de la guerra, y para todos los oficiales, separados de sus esposas, novias ó queridas, tuvo amorosos y embriagadores consuelos. Tanta filantropía por poco le cuesta una enfermedad.

—¡Qué corazón tan grande!

—No se presentó en su casa un joven prin-

cipiante al que no recibiese con los brazos abiertos.

Efectivamente, la fresca Azucena me envolvió al pasar en una mirada protectora.

—Me figuro que habrá por aquí muchas bailarinas y *cupletistas*. Llévame á verlas, porque soy muy aficionado á esa especie del género femenino.

Loló se sonrió al escuchar mi súplica.

—Eres un inocente; son muchos los mortales que, como tú, creen que el Infierno está lleno de esas mujercitas alegres y amables... Pero, hijo, entonces ésto sería la Gloria.

—¿De modo que esas frívolas criaturas van al cielo?

—Naturalmente; la mayor parte son unas infelices, víctimas de los hombres, que las explotan y las maltratan. Su vida será un tanto borrascosa; pero en el fondo tienen más fe y más caridad que las demás cursis de las congregaciones pías.

—¡Vaya, vaya!... ¡Adiós ilusiones! Ya se me quitan las ganas de estar en el Infierno.

—Tarde te acuerdas. ¿Tú pensabas que esto era un Kursaal?

—La verdad, yo me esperaba otra cosa. Este no es el Infierno ni tú eres el diablo que

yo había soñado. Lo encuentro aquí todo demasiado modernista; no veo por ninguna parte calderas, tizonazos, rabos, ni...

—¡Eres tan rutinario como todos tus semejantes!... Pues siento decirte que ya no sales de aquí...

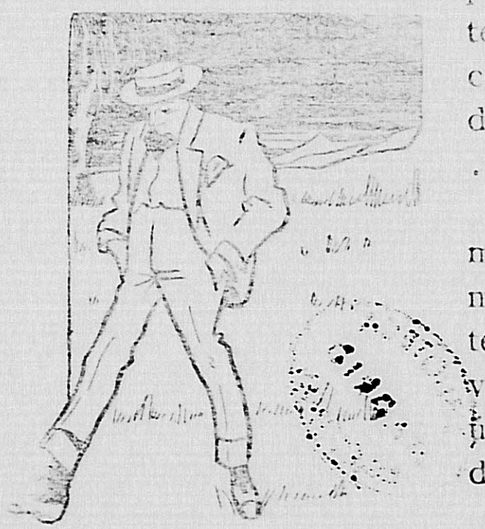
—¿Cómo?

—Lo que has oído.

—¿Olvidas nuestro contrato?

—¡Necio! ¿Crees que un demonio cumple sus compromisos y promesas? Hazte cuenta de que tú eres un pueblo que acaba de elegirme diputado: ya no hay nada de lo ofrecido.

Al escuchar estas palabras, que acompañó Loló con su risita sardónica, me quedé helado; pero completamente helado, y empecé á dar diente con diente.



.....

Abrí los ojos y... me encontré en medio del campo, tendido sobre la verde hierba. Lo único cierto de todo esto es que tiri-

taba de frío y que no tenía ni una peseta. Amanecía, y el fresco de la madrugada se me había metido en los huesos. Emprendí el camino de la ciudad; mi triste situación financiera me inspiró estas consideraciones, más amargas que el café de un *Tupi*.

—¡Pues señor, sí que es lástima que á falta de objetos más valiosos no pueda vender mi alma!... El alma es un estorbo en este mundo depravado...; pero al Diablo, no: el Diablo se ha hecho modernista... ¡Si yo encontrase un yanqui millonario! .. ¡Los hay tan excéntricos!...

Yo entré en la capital firmemente resuelto á dar un sablazo al primero que se me presentase para poner en los periódicos el siguiente anuncio: «Se vende una alma de cántaro en buen uso; escribid á la lista de Correos, billete de tranvía, núm. 605.» ¡¡Capicúa!!...

Emilio Ferraz Revenga

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

